

Kate Millett

Viaje al manicomio

Prólogo de Mar García Puig



Viaje al manicomio es la poderosa e impactante historia personal de la lucha de Kate Millett para mantener el control de su vida tras ser diagnosticada como maniaco-depresiva. Tras dos breves internamientos en centros psiquiátricos, la artista, escritora y activista feminista comienza a vivir aterrorizada por la posibilidad de ser recluida de nuevo. Finalmente, su peor pesadilla se convierte en realidad y es internada durante un viaje a Irlanda por decisión de sus familiares. En estas memorias, Millett evoca magistralmente la montaña rusa de sentimientos que supone el trastorno bipolar (euforia y desesperación; paranoia e impotencia; la angustia y la vergüenza de saberse incapaz) y construye un alegato a favor de los derechos civiles de los enfermos mentales en la sociedad y la familia.

Millett, que falleció el 6 de septiembre de 2017 provocando una ola de reacciones en el mundo artístico y feminista («la revolucionaria sexual», según El País), publicó su tesis *Política sexual* en agosto de 1970, donde ofreció una amplia crítica de la sociedad patriarcal en la sociedad occidental y la literatura. En particular, ataca lo que ella visualiza como sexismo y heterosexismo en los novelistas D. H. Lawrence, Henry Miller y Norman Mailer, contrastando sus puntos de vista discrepantes con el punto de vista del novelista y poeta Jean Genet.

Aunque no es una obra de ficción y la autora ha procurado ser fiel a los hechos, se han cambiado algunos nombres.

Para los que han estado ahí

Hunger only for a taste of justice,
Hunger only for a world of light,
'Cause all that you have is yourself.

TRACY CHAPMAN

Prólogo

Mujeres y locura

Ya desde muy pequeñas aprendemos que la mujer tiene mayor inclinación a la locura que el hombre, y muy pronto el mito y la amenaza de mujeres que enloquecieron puebla nuestro imaginario. Pero pocos son los nombres de las mujeres locas del pasado que conocemos, menos aún las voces. La historia de la locura la han escrito los profetas, los clérigos, los médicos, los psiquiatras. Bajo la doble losa de la feminidad y la demencia, los relatos de la inmensa mayoría de las mujeres locas se han perdido en el tiempo, convertidos a lo sumo en raquíticas notas arrojadas desde la autoridad a un historial médico.

Y, sin embargo, cuántas de nosotras nos habremos topado de bruces alguna vez con la locura. Ya sea en la categórica jerga médica —la de la depresión, la ansiedad o la psicosis— o en el idealizador lenguaje de la poesía —el delirio, el arrebato o el éxtasis—, las mujeres hemos sido protagonistas indiscutibles de la pérdida de la razón. Pero la locura ha estado siempre envuelta en la vergüenza. Si en el pasado se confinaba entre los muros de los manicomios, hoy su voz se pierde en el parque de una consulta privada o en las largas colas de los centros de salud públicos.

Por eso no es de extrañar que sea precisamente Kate Millett, la gran representante del feminismo radical, quien dude a gritos en estas páginas de su propia locura. Del feminismo radical aprendimos que el poder del patriarcado no se limita al espacio público, sino que abre la puerta de casa sin remilgos y se instala en nuestras alcobas. Kate Mi-

llett ilustró como nadie el lema «lo personal es político». En su clásico de la teoría feminista *Política sexual* (1970) reveló cómo las dinámicas patriarcales impregnan el espacio privado y marcan nuestras relaciones sexuales: «El sexo reviste un carácter político que las más de las veces suele pasar inadvertido». Y es en esta inadvertencia en la que se basa la estrategia y el éxito patriarcal: interiorizamos y aceptamos como natural un orden impuesto que es profundamente opresivo para nosotras. Para ello siempre se ha podido echar mano de la biología. ¿Qué loco o loca pondría en duda que nacemos diferentes?

Kate Millett no solo denunció que la diferencia entre géneros es una construcción social que se ha servido de la medicina, sino que lo hizo extensible a la locura. En las páginas de *Viaje al manicomio*, y a partir de su propia experiencia, denuncia cómo la psiquiatría se ha apoderado de la locura, se ha convertido en su voz y dueña y ha reducido toda su ambigüedad para ejercer un control total sobre las personas diagnosticadas, acallándolas y sometiénolas con la autoridad de la ciencia. La psiquiatría se revela así como un engranaje más de un sistema que niega la razón de la libertad.

Según el médico griego Hipócrates, cada uno de nosotros está compuesto por cuatro elementos o humores que luchan entre sí por prevalecer: la sangre, la flema, la bilis amarilla y la bilis negra. Las diferencias entre hombres y mujeres se basaban en la presencia variable de estos humores. Además, según Hipócrates, en las mujeres «el útero está en el origen de todas las enfermedades», y esto incluía las mentales. Es la medicina griega la que inventa también la bella y perversa teoría del «útero errante». Según esta, cuando había un desequilibrio entre los cuatro humores, el útero se movía libremente por el cuerpo de las mujeres en búsqueda de humedad. En función de qué parte oprimiera, se producía una u otra enfermedad. Si oprimía la garganta, la mujer perdía repentinamente el habla.

Hoy ya nadie cree en los humores ni en úteros que andan; la medicina ha impuesto un modelo biológico de la locura que considera, pese a no tener ninguna prueba empírica al respecto, que esta es fruto de un desequilibrio químico en el cerebro. Muchos siglos separan las teorías hipocráticas de las tesis biomédicas de la psiquiatría contemporánea, y sin embargo hay algo que sigue ocurriendo: según las estadísticas, las mujeres continuamos sufriendo en mayor proporción la desaparición del lenguaje que supone, en palabras de la propia Millett, la depresión, y tanto ahora como entonces los principales tratamientos son individuales y físicos: paseos y purgas en la antigüedad, psicoterapia y farmacología en la actualidad. No hay un reconocimiento del contexto social, no hay una voluntad de modificación de la injusticia, no hay crítica a la cultura dominante, no hay espacio a la resistencia, y lo que me ha resultado más desasegante en mis encontronazos con la locura, no hay vínculos, no hay referentes, no hay experiencias compartidas.

Esa recuperación de voces silenciadas que tan sabiamente ha emprendido el feminismo tiene una cuenta pendiente: hay que poner patas arriba los manicomios, hay que recuperar y construir una genealogía de la locura en la que las locas seamos las protagonistas.

Y esta es, sin duda, una de las razones que hacen de *Viaje al manicomio* un texto imprescindible. No solo como testimonio, sino como reivindicación:

«¿Por qué no debería contarlo una de las miles y cientos de miles de personas que han conocido el infierno y la traición, el miedo a la locura y la locura en sí? Romper el tabú de la respetabilidad que tan pocas veces se ha roto. Desafiar el sistema que mantiene a millones bajo control. Intentar explorar la región de cuyas fronteras solo regresan viajeros silenciosos y censurados».

Kate Millett narra en estas páginas una experiencia compartida por millones de hombres y mujeres: cómo fue encerrada en un manicomio y medicada contra su voluntad. Las

degradaciones y humillaciones que sufrió por parte de la psiquiatría institucional. Su caída posterior en la depresión. Su lucha para recuperarse a sí misma y a su entorno. Y durante el libro, gracias a la literatura, hace de ello una experiencia colectiva. La dedicatoria ya es toda una declaración de intenciones: «Para los que han estado ahí».

Existe toda una geografía del dolor y el sufrimiento de la locura. Está la del viaje literal a los manicomios, instituciones totales tradicionalmente alejadas de la sociedad que han hecho de los locos extranjeros y han actuado como moles de opresión. Pero hay también una geografía emocional, la de aquellos que hemos paseado con la locura por nuestra vida cotidiana, la de los que hemos departido con la melancolía o la ansiedad, y hemos sufrido formas más suaves de sumisión, como la extrañeza o el rechazo. A todos ellos les habla este libro. Con todos ellos busca hilar una historia común. Porque nadie es ajeno a la locura; porque, como nos recuerda Millett: «Hay un destino que, al fin y al cabo, tenemos ante nosotros toda la vida: “perder la razón”».

Si bien Millett escribe teniendo muy presente su realidad como mujer, y recrea la comunidad que establece con pacientes mujeres, la experiencia de la locura femenina tiene muchos puntos en común con la masculina. Nuestra sociedad concibe la locura como algo esencialmente femenino que, incluso cuando es experimentada por los hombres, se representa metafórica y simbólicamente en forma de mujer; a los hombres locos se les otorgan atributos relacionados tradicionalmente con nosotras, como la irracionalidad o la visceralidad, y se los lleva a terrenos ocupados históricamente por mujeres: el silenciamiento o la sumisión.

Es en el relato de su experiencia en el psiquiátrico de Irlanda, que ocupa toda la segunda parte, cuando Millett da rienda suelta a esta fantasía de hermanamiento entre locas. Es cuando se ve privada de todo (ropa, comida y lo más traumático para ella, lápiz y papel) cuando es capaz de ima-

ginar una resistencia colectiva: «¿Quién mejor que las locas, sin duda las más crueles de las brujas, las que más castigo han recibido, las que menos tienen que perder?».

Hay una idea que ronda permanentemente la contrahistoria de la locura y que resuena también en todo el libro: la locura como transgresión, como rebeldía. Ya en el Antiguo Testamento, Dios advierte a los israelitas que si lo desobedecen los «herirá con locura, ceguera y turbación del espíritu». El propio Hipócrates decía que «los locos están afligidos debido a su transgresión». ¿Quién más transgresora que Kate Millett, una feminista radical que en los años sesenta, aunque casada, tenía amantes mujeres? ¿Quién más radical que ella, que animó con sus libros e ideas a que cada mujer empezara la revolución en su casa, transformando sus relaciones afectivas, el gran instrumento de sumisión del patriarcado? En la primera parte, cuando cae en lo que los psiquiatras reconocerán como la fase maniaca de lo que actualmente se llama *trastorno bipolar*, Kate Millett está construyendo junto a una de sus amantes una colonia de mujeres artistas, lo que ella misma denomina una utopía. ¿Es el encierro el precio que pagan las que se rebelan y buscan un mundo mejor?

Para Millett, el mayor castigo que recibe en el psiquiátrico es el tratamiento farmacológico, el popular Thorazine, un antipsicótico con espeluznantes efectos secundarios. Pero existe otro temido tratamiento al que se somete a otras pacientes en el manicomio, el electroshock. A las víctimas de ambos Kate Millett las relaciona por una cosa, la lengua: la del electroshock, difícil de controlar; la del Thorazine, hinchada y seca en búsqueda de líquido constantemente. ¿Es este dolor en las lenguas, este acallamiento a través del tratamiento forzoso, un castigo por hablar demasiado, por ser jactanciosa y exagerada, como teme la propia Millett? ¿Son estas mujeres la encarnación del silenciamiento histórico al que han sido sometidas las mujeres? ¿Es a todas nosotras a quienes están cortando la lengua?

El feminismo se ha interesado por la historia de la locura, y en ocasiones ha sostenido que las mujeres confinadas en manicomios o tratadas por la psiquiatría no han sido más que rebeldes fracasadas contra las restricciones impuestas a su género, incluso se las ha llegado a celebrar como representantes de una feminidad desafiante que subvertiría la lógica lineal de la ciencia del hombre. Pese a la tentación, una tentación que como lectores compartimos, Millett trata de evitar la romantización de la locura. La duda acerca de su propia locura es constante.

En los últimos años está cogiendo fuerza un movimiento que reclama la voz de los locos y su consideración como sujetos de pleno derecho. Herederos de la antipsiquiatría, estos movimientos apuestan por visibilizar la locura, se reivindican orgullosamente locos y, a imagen de otros movimientos por los derechos civiles, celebran internacionalmente el Orgullo Loco. Este activismo ha tenido su correlato académico, y los Mad Studies se están expandiendo desde las universidades anglosajonas por todo el mundo. Uno de los campos principales de investigación es la recuperación de los testimonios de la locura en primera persona. Linda Morrison, destacada investigadora en este campo, ha establecido una categoría en este tipo de relatos, en la que se incluiría *Viaje al manicomio*, a la que ha llamado *narrativa heroica de los supervivientes*.

Es en la duda constante donde yo veo la mayor muestra de heroicidad de Millett. Cuando cree ciegamente en su cordura y cuando acepta la locura como algo inevitable vemos en Millett cierta derrota. En un mundo que desprecia la duda, y donde solo caben las certezas abrumadoras a modo de religión, aceptar la incertidumbre y la ambivalencia supone una verdadera revolución.

Fue precisamente en medio de esta incertidumbre, mientras yo también, como tantas otras, trataba de resolver si me había vuelto loca, cuando me topé con el testimonio de Phebe B. Davis, una mujer del siglo XIX del estado de

Nueva York a quien su marido, un maltratador al que tuvo el valor de enfrentarse, encerró durante más de dos años en un manicomio. En esa misma época descubrí también *Viaje al manicomio*. Ambas historias me asombraron por sus paralelismos, por las experiencias que compartían pese a que había entre ellas casi un siglo de diferencia. Kate Millett abre su testimonio con una escena de amor. Más adelante, pensando en la mujer con quien comparte esa primera escena, nos dirá: «Amar es de por sí cordura, el resto es locura». Phebe B. Davis escribió en 1865: «La generosidad ha sido mi única medicina». Cuando Millett logra salir del manicomio está convencida de que lo mejor que puede hacer por las mujeres que siguen encerradas es escribir lo que ha sufrido. Por suerte lo lleva a cabo. Esta es la generosidad de la que hablaba Phebe B. David. Porque encontrarse en estas páginas es, para tantas locas, la mejor medicina. Y es lo que convierte este libro en un profundo acto de amor. Eso es, al fin y al cabo, la literatura.

MAR GARCÍA PUIG

Prefacio a la edición de 1990

Esta es la crónica de un viaje a ese estado de pesadilla, esa condición social, esa experiencia de destierro y confinamiento que se asocia con la locura. Voy a contar lo que me sucedió a mí, porque contarlo funciona como una especie de exorcismo, una recuperación y reivindicación del yo —la mente— al revivir lo ocurrido. Es un viaje que realizamos muchos; de él, unos sobrevivimos intactos y otros solo en parte, debilitados por el daño que se nos inflige: las tentaciones de la complicidad, la carrera de «paciente», las presiones hasta la rendición. También lo cuento con la esperanza de que ayude a los que han estado en el mismo barco o están a punto de subir a él, los que han sido capturados y sacudidos por ese extraño sistema de creencias: la superstición general de la «enfermedad mental», el hecho físico de la reclusión y la medicación forzosa, y, finalmente, la amenaza de alejarnos de todo y encerrarnos para siempre, o dejarnos en libertad pero estigmatizados para el resto de nuestros días. Un destino que, al fin y al cabo, tenemos ante nosotros toda la vida: «perder la razón». Algo que yo había creído absurdo e imposible, una desgracia que podía ocurrirle a otro, no a mí.

Yo ya había atisbado el infierno, o al menos el primer círculo de ese paisaje oscuro, cuando a los dieciocho años tomé un empleo de verano en Saint Peter's Asylum, un hospital psiquiátrico del sur de Minnesota. Sabía lo horribles que eran esos centros, y jamás se me pasó por la imaginación que algún día me vería encerrada en uno siendo ya una escritora publicada, establecida e independiente. Cuando sucedió, en 1973, me quedé desconcertada y lo vi como algo fortuito, un incidente vergonzoso, un error o un

malentendido entre miembros de mi familia, fruto de la ingenuidad. Al salir me sumí en una profunda depresión, el confinamiento había minado mi seguridad en mí misma; aunque había obtenido la libertad por intercesión de unos abogados de los derechos humanos en un juicio —algo poco habitual de por sí—, las personas que me rodeaban consideraban que estaba «loca», de modo que era como si lo estuviera. Por otra parte, estaba el amenazante diagnóstico de la psicosis maniaco-depresiva, un veredicto científico profesional de locura. Empecé a desmoronarme de miedo y soledad. Desesperada por evitar el suicidio —que parecía el paso lógico que las circunstancias me empujaban a cometer—, me volví hacia lo que parecía ser la única otra opción para salvar la vida, o al menos el cuerpo, y entregué la mente, el espíritu y el yo: busqué «ayuda», me convertí en una paciente de litio y, a partir de entonces, llevé una existencia cautelosa. A una mente perturbada como la mía había que tranquilizarla y sellarla con alguna medicación; si se la dejaba a su aire, acababa contaminada e inestable.

Durante siete años viví con temblor en una mano, diarreas, posibles daños al riñón y todos los demás efectos secundarios del litio. En el verano de 1980 decidí abandonar la medicación, rompiendo con una autoridad en la que nunca había acabado de creer y con la que tenía motivos para sentirme resentida. La decisión de actuar por mi cuenta equivalía a apostar por mi cordura. Porque, al aceptar el litio como remedio para una depresión causada por la reclusión y por un diagnóstico, aceptaba la validez de ambos junto con una declaración de locura degenerativa y mi incapacidad; admitía una enfermedad cuyos tratamientos llevaban a la pérdida de la libertad y la dignidad a través del confinamiento. Yo tuve la suerte de que esa pérdida solo fue temporal, pero sabía de miles de personas para quienes había resultado permanente. Me atreví a rechazar el estigma y a desafiar la imputación en sí. Si me hubiera reser-

vado la decisión, seguramente se habría quedado en nada.
Pero creía estar a salvo. Esto es lo que sucedió.